

una dirección en la que avanzar, un modelo ideal al que apuntar (sin que vaya a ser plenamente alcanzado en un futuro próximo): se trata, simplemente, de ir ampliando la esfera de relaciones socio-económicas regidas por la libertad contractual y restringiendo las presididas por la coacción-intromisión estatal (por ejemplo: permitir a los ciudadanos prescindir voluntariamente de los servicios asistenciales estatales... siendo también entonces dispensados de la contribución al sostenimiento de los mismos). La nota 29 del capítulo 9 resulta muy esclarecedora en este sentido, al enumerar una serie de reformas que implicarían progreso en la dirección adecuada: cheque escolar, cheque sanitario, sustitución de los servicios asistenciales en especie por prestaciones monetarias, liberalización del comercio y de los flujos migratorios ...

Francisco José Contreras Peláez

*Catedrático de Filosofía del Derecho.  
Universidad de Sevilla.*

### La profecía de la democracia radical y el amor social

Roberto M. Unger, *The Self Awakened: Pragmatism Unbound*, Harvard Univ. Press, 2007, 288 pp.

La presente obra está destinada a convertirse en un clásico, el eslabón perdido entre *Siddharta* de Hesse y *La ley del amor y la ley de la violencia* de

L.Tolstoi. Las comparaciones han sido cuidadosamente elegidas, tanto en estilo como en sustancia; ambas obras intentaron generar momentos transformadores en la historia, movimientos de liberación en los que el individuo y la sociedad pudieran recuperarse de la angustia y de la desesperanza en la que sus respectivos autores veían sumergidas a la sociedad de sus tiempo (el giro al siglo XX en Alemania y Rusia). Como en el caso de ambas obras, que avanzaron agendas radicales dirigidas a popularizar las instituciones democráticas, la brevedad de *Self-Awakened* ilustra la gran sabiduría de su autor; las tres son elegantes obras maestras, a pesar de que la promesa contenida en la última de ellas, resulta afectada por las agendas fallidas de sus aperitivos intelectuales.

¿Qué es el pragmatismo? ¿Por qué continúa fallándonos la filosofía perenne? ¿Por qué los teóricos han sido incapaces de proporcionarnos suficiente guía para el siglo XXI mientras las «calamitosas aventuras» e injusticias del siglo previo, brillan con más fuerza que nunca? Ni yo –ni otros comentaristas antes que yo– consideramos que la presente obra ofrezca ninguna respuesta estructurada a estas cuestiones auto-planteadas como centrales<sup>38</sup>. El tratado lógico, metódico y sistemático que Unger ofrece en las primeras cuarenta páginas sólo da, en cambio, lugar a una polémica deshilvanada (aunque sólida) sobre temas de ámbito tan diverso como la transformación personal y la iluminación, el pragmatismo, la democracia popular y la estética<sup>39</sup>. Aunque la obra,

épica y valiente en ambición, se lee con placer, el presente comentario se centrará en dos aspectos particularmente inquietantes de la nueva teoría social de R.M. Unger: la incesante referencia al amor como valor político y la esperanza en una democracia radicalizada como institución política.

En primer lugar, existen argumentos para sostener que el pragmatismo sin ataduras de Unger (esencialmente el romanticismo político o la creencia en el potencial de las masas para aprender a amarse unos a otros) contradice los principios clásicos del pragmatismo estadounidense que demandan un análisis realista del derecho, la política y los resultados<sup>40</sup>. Después de todo, la raíz del realismo estadounidense era el rechazo de la ideología como punto lógico de entrada y punto final. El pragmatismo buscaba abrazar lo real y proporcionar cierto tipo de explicación inductiva de los resultados sobre el terreno o realidad. El comunalismo, el amor, el respeto mutuo que Unger reclama es, en apariencia, contradictorio con el pragmatismo estadounidense (tanto en sentido de su utilización como vocabulario, como en el sentido técnico) en tanto en cuanto nuestro actual orden social se halla completamente divorciado de cualquier tipo de llamada superior, llámese amor, u otro, salvo vagas nociones de auto-interés común recogidas en ideas como el nacionalismo.

La conceptualización de Unger del amor merece, sin embargo, ser cuidadosamente analizada sino por otra ra-

zón que por el hecho de que forma el pilar central de su plan para una democracia radical. Para Unger, el amor personal no es *eros* ni *agape*, sino una profunda confianza y conexión con el otro, un sentido de valoración de nuestros «guiones» sociales y colectivos, no como complicadas relaciones, sino como vehículo para la comprensión más verdadera del mundo extranjero. Por supuesto, Unger no es el primero en sugerir el amor como el principal núcleo de la organización social, ni siquiera el primer pragmático en hacerlo. Las tradiciones cristianas y budistas vienen inmediatamente a la mente en el primer caso, mientras que Charles Peirce figura de forma prominente en el segundo<sup>41</sup>. El Budismo enseña, expresamente, las llamadas del despertar en pro del amor personal y el abandono de preocupaciones mundanas: «Buda es el «iluminado/despertado». Una persona «iluminada/despertada» ve la naturaleza de la vida y del cosmos. Debido a ello, una persona iluminada no se halla atada por la ilusión, el miedo, la ira o el deseo. Una persona iluminada es una persona libre, llena de paz y de alegría, amor y comprensión<sup>42</sup>. De forma similar, en Juan 4:16, Jesús enseña que es, a través del amor, cómo podemos alcanzar el reino de los cielos. Hesse y Tolstoi se hacen eco de estos temas cerca de dos mil años después en forma literaria. Y Charles Peirce –uno de los fundadores del pragmatismo estadounidense– escribió sobre el «amor al derecho» como corolario de la oportunidad y de la necesidad, como una forma de dar sentido a lo que sería

de otra forma arbitraria y vidas sin sentido una vez que el pragmatismo reemplazase al idealismo con verdades objetivas<sup>43</sup>. Peirce resolvió el primer dilema pragmático<sup>44</sup>, introduciendo la idea de *agapasm* o de amor creativo, como un modo de evolución social e individual hacia un objetivo particular opuesto al individualismo.

Curiosamente, sin embargo, el «derecho del amor» de Peirce nunca es explícitamente reconocido en *Self-Awakened*<sup>45</sup>. De hecho, el amor se ha conceptualizado como un principio de organización social por tanto tiempo que ello genera, necesariamente, la cuestión ¿qué tipo de nuevo conocimiento puede ofrecer Unger? Existe al menos uno: la contextualización del amor en el marco de una dimensión temporal más amplia. En esencia, como Calvino, Unger expresa que debemos amar por una recompensa que no es de este mundo y que podemos o no ver materializarse. Si justificamos nuestro amor sobre abstractas nociones de equidad inter-generacional, obligaciones a futuras generaciones y otras, Unger se muestra claro sobre como aunque en tanto que individuos nos beneficiamos, por supuesto, de nuestro proceso de auto-revisión y auto-descubrimiento, el último beneficiario de nuestro amor colectivo es la sociedad; y, la Historia, es el vigilante de nuestros esfuerzos. En otras palabras, incluso si alcanzamos la iluminación, y adoptamos el tremendo esfuerzo del amor, el trabajo duro y el sacrificio necesario para re-organizar la sociedad, no debemos nunca ver los frutos de nues-

tros trabajos en el marco de la propia duración de nuestra biografía. Para Unger, esta habilidad para rendirse al tiempo histórico es la más verdadera manifestación de nuestra esperanza colectiva y amor social. El amor es la habilidad de realizar un sacrificio personal significativo para la prole todavía sin nacer y para sus herederos que pudieran o no merecerlo.

Los argumentos de Unger relativos al amor y a la deificación del hombre mediante éste tienen precedentes y argumentos contra-fácticos pragmáticos. Por ejemplo, Unger resalta «que nos hacemos más divinos para vivir, no que vivamos para hacernos más divinos<sup>46</sup>». Para alcanzar esto, Unger sugiere que nosotros nos hagamos más divinos mediante la apertura al otro y al nuevo. Aunque es así como nos hacemos más divinos, el punto de partida de Unger difiere notablemente de la realidad actual de las masas mundiales, incluyendo la realidad de vida de este comentarista. Los términos empleados por Unger para enmarcar el problema central del ser humano humano o lo que él impetuosamente denomina «el problema de la vida humana en su totalidad» son atractivos en el plano ontológico, pero están divorciados, en última instancia, de las necesidades reales de los seres humanos ordinarios. Según Unger,

*«El problema de la vida humana en su totalidad consiste en esto: ¿cómo debemos responder a esta situación nuestra en el mundo sin permitirnos quedar abrumados por la desespe-*

*ración y el desafío y sin entregarnos a las distracciones que matan el tiempo menospreciándonos y haciéndonos morir muchas pequeñas muertes mientras seguimos viviendo?»<sup>47</sup>.*

Quizás sea este el problema de la vida humana en su totalidad para aquellos bastante afortunados de haber nacido a una vida de estabilidad económica, pero para el resto de los habitantes de la Tierra, el problema de la vida humana en su totalidad es mucho más simple: qué comer mañana.

Así, el rico y el privilegiado puede discutir si hay que ver la televisión (pequeña distracción que mata el tiempo): el pobre aún no tiene TV. Para parafrasear Barack Obama (antiguo estudiante de Unger en la Facultad de Derecho), usted no puede decir a la gente pobre que se alce con la fuerza de los cordones de sus botas, cuando no tienen botas. El hecho es que esta última encarnación de la teoría social de Unger no afronta aun el hambre y la incertidumbre material que impiden la comunión entre la gente y las naciones.

Además, Unger parece ignorar la historia al predicar una transformación radical. Después de todo, si miles de años de pensamiento ilustrado no se hundieron con el guerrero/clases de elite, ¿cómo puede Unger esperar resultados diferentes de la misma agenda política dominante? Unger insinúa que es consciente de esta cepa de cinismo dentro de nosotros y sugiere que la respuesta no se encuentra sólo en,

*«La penetración y la transformación del mundo por el espíritu, como el es-*

*píritu se revela en las infinidades dentro de nosotros. [Pero] que, como credo muerto, podría parecer una negativa a reconocer que el extrañamiento del mundo puede llegar a ser, como fe viva, una activa esperanza: esperanza en que el mundo, primero nuestro mundo y luego el mundo entero, puede cambiarse a tiempo y perderá su extrañeza [...]»<sup>48</sup>.*

En otras palabras, si la iluminación supone la liberación de los conceptos, entonces el pragmatismo –a pesar de cuán opuesto pueda parecer esto a la propia doctrina– debe albergar la esperanza de permanecer relevante en un mundo absurdo, imprevisible y radicalmente ambivalente.

La extensión práctica del amor social de Unger y la esperanza activa es la democracia radical, un resultado de la valiente experimentación política que debemos afrontar en un esfuerzo por liberarnos de nuestra limitada imaginación política, o de lo que Unger llama un repertorio cerrado de alternativas<sup>49</sup>. Para Unger la solución es la «radicalización de la democracia», un proyecto no menos ambicioso que la reconstrucción de instituciones políticas, empresas y nuestras propias organizaciones personales. El camino, advierte Unger, se hallara lleno de peleas (incluso violencia) y será impugnado, pero la lucha es necesaria para organizar mediante la democracia y la experimentación una forma de vida social abierta a una autorevisión organizada<sup>50</sup>. Todo esto es necesario para disminuir nuestra dependencia de la crisis y el caos de-

bido al cambio; para tomar los asuntos en nuestras propias manos

Sin embargo, aparte de la experimentación, Unger huye de las ofertas políticas pragmáticas que uno esperaría de un filósofo que ha ocupado una de las más altas posiciones en el gobierno de una de las mayores democracias del mundo. Hay aspectos de su plan de democracia popular que parecen heredados del *Poder ciudadano* del senador Mike Gravel, o de las nuevas ambiguas reformulaciones del sentido común político, como:

«Debemos comprender que los pequeños cambios institucionales pueden ejercer enormes efectos prácticos y que la dirección es más importante que la longitud de cada paso»<sup>51</sup>.

Los lectores que buscan un enfoque programático concreto a la democracia popular encontrarán aquí amplia inspiración, pero deberían buscar en otra parte orientación organizativa o asesoramiento práctico para la creación de instituciones.

Al final, Unger aporta una visión profunda a nuestro actual callejón social y político sin salida, a la concentración de poder económico y político en menos y menos manos debido a nuestra tendencia a desentendernos del proceso de institución vertical que se erige a nuestro alrededor. Sin embargo, sus propuestas para escapar del actual malestar –amor social y esperanza activa– parecen románticas, idealistas, y, paradójicamente, nada pragmáticas. Intencionalmente, Unger opone amor a pragmatismo, lo que constituye la

esencia de su no consolidado pragmatismo. Pero sin analizar las leyes del amor de Peirce o Tolstoy, *Self-Awakened* carece de cualquier fundamento histórico y, francamente, deja al lector preocupado, aunque esperanzado. Si el siglo XX vio a la sin precedente brutal matanza seguir los pasos de algunas de las más prometedoras teorías sociales del hombre, no está claro como *Self-Awakened*, escrito exactamente un siglo después de *La ley del silencio* y *Siddhartha*, evitará el destino de sus antepasados intelectuales sin abordar los más profundos puntos ciegos históricos y la perdurable crueldad irracional históricos del ser humano.

Boris N. Mamlyuk

Traducción L/IRM

*Doctorando en Derecho, Economía e Instituciones de la Universidad de Turín. Investigador visitante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Cornell.*

**Benjamin R. Barber, *Pasión por la democracia*, Editorial Almuzara, 2006, 258 pp.**

En este libro, publicado en España por la editorial Almuzara con un interesante estudio preliminar de José María Seco Martínez y Rafael Rodríguez Prieto, se recoge un representativo número de artículos en los que Benjamin Barber expone sus puntos de vista sobre diversos aspectos de la realidad democrática, tomando como referente el caso de los Estados Unidos de Norteamérica. En concreto, Barber analiza ámbitos tan significativos para la